

# Homilía en la Misa de Envío del Octubre Misionero

Sábado 24 de Septiembre  
Catedral Metropolitana

✠ Mario Aurelio Cardenal Poli

Nos encontramos en la Iglesia Catedral de la Santísima Trinidad. En este espacio sagrado es donde palpítamos muchas veces con el Sínodo Arquidiocesano; aquí es donde dimos los primeros pasos y también celebramos la solemne clausura, y hoy, dóciles al mismo Espíritu que animó nuestras asambleas sinodales, queremos responder a su mandato misionero: Caminamos juntos en el Espíritu para renovar la misión en Buenos Aires; es un desafío que nos compromete a todos, con la convicción de que “Juntos Somos Misión”.

Este es el motivo por el que hoy respondimos a la invitación para sumarnos al envío misionero que dará comienzo a un estado de evangelización permanente en nuestros barrios porteños. Y con el corazón palpitante por toda la Iglesia, en la misma abundancia de dones y carismas que comparten nuestras comunidades, también bendeciremos a dos hermanos nuestros que se dirigen a la misión ad gentes: al P. Matías Viñas, que va a integrarse al presbiterio del Vicariato Apostólico de San José del Amazonas (Perú) y al joven laico Marcos Aragón, quien retoma su segundo período de servicio pastoral en la diócesis de Lwena en Angola – África.



*Mons. Poli durante la Misa de Envío Octubre Misionero*

Para renovar la unción apostólica que recibimos en el bautismo, esta mañana nos encuentra juntos celebrando la eucaristía, en la que toda la liturgia se ordena para encontrarnos con Él, para escuchar su palabra iluminadora y compartir la abundancia de gracia de su Cuerpo y de su Sangre. Y si alguien piensa que nuestra participación depende solo de nuestra iniciativa, el papa Francisco nos recuerda que «antes de

nuestra respuesta a su invitación – mucho antes – está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a Misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros».

Esa fuerza incontenible del impulso misionero de la Eucaristía, San Juan Pablo II la describe con singular simplicidad: «El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio... La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, su proyecto. En efecto, la Eucaristía es un modo de ser que pasa de Jesús al cristiano y, por su testimonio, tiende a irradiarse en la sociedad y en la cultura».

La eucaristía no es solo un punto de partida de la obra misionera, sino su aspiración más profunda es congregar a todos los pueblos para celebrar el misterio pascual; eso le viene al sacramento de la Liturgia católica, que por su verdad y belleza es «la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde emana toda su fuerza». Este principio teológico y pastoral que nos dio el concilio está en la base de la obra misionera de todos los tiempos en la vida de la Iglesia; ella es evangelizadora por vocación y su deseo se colma cuando anunciando el misterio que le da vida, invita a sus hijos al encuentro con el Resucitado y les hace un lugar en la celebración «para que todos puedan sentarse a la Cena de Sacrificio del Cordero y vivir de Él». Este es otro de los sueños misioneros del Papa Francisco.

La Primera Carta a los Corintios que hemos escuchado nos presenta la personalidad de un misionero ejemplar. Recordemos

que San Pablo fue elegido personalmente por el Resucitado, al margen del grupo de los apóstoles y estaba dotado de carismas extraordinarios, reconocido por los doce para la obra de evangelización. Digamos que Pablo es el símbolo de la libertad del Espíritu en la Iglesia. Ha recibido de Dios el mandato de anunciar lo que vio y oyó, y su exclamación ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!, parece decirlo todo; y eso explica que se lance a la tarea confiada sin medir sus fuerzas ni calcular consecuencias. Testigo de Cristo vivo, sabe que tiene un kerigma que anunciar, pero no aparece como el gran señor que está en posesión de la verdad, sino que siguiendo el ejemplo del Señor, se presenta como un esclavo que está al servicio de todos. Descubre que su recompensa es predicar con gratuidad la Buena noticia sin esperar privilegios por eso. Repasa los destinatarios: los judíos, los paganos, los débiles, a los poco inteligentes, a los inseguros, indecisos y también a los indiferentes. Nadie ha quedado fuera de su mirada inclusiva: «me hice todo a todos» (1 Cor 9,22). Lo único que lo movió a Pablo es el amor a la Buena Noticia que anuncia, y no lo vive como un privilegiado que cree haber alcanzado la promesa del evangelio que predica, sino con la esperanza del que participa también él en lo que anuncia a los demás. El apóstol de los gentiles evangeliza y a su vez es evangelizado por las maravillas que el Espíritu suscita en el corazón de sus oyentes.

Por su parte, el Evangelio de San Mateo nos presenta a Jesús peregrino y misionero, enseñando y curando, mientras que una muchedumbre se reúne en torno a él para escuchar la Buena Noticia del Reino y pedirle que sane sus enfermedades y dolencias.

Su mirada sobre la multitud suscita inmediatamente una profunda compasión interior. Jesús mira con misericordia al pueblo porque ve que tiene el aspecto de un rebaño sin pastor. Es el mismo Señor que se encargará de decir que Él vino para esta multitud (15,24) y su compasión hacia todos los que sufren lo llevó a hacerse uno con los enfermos, los encarcelados, los sedientos y hambrientos, los sin techo, los que no tienen nada (Cfr Mt 25).

Esa tarea Jesús no ha querido hacerla solo, sino que invita a sus discípulos que pidan al Padre que envíe obreros para la cosecha de su viña, una imagen de la Iglesia que adelanta lo que acontece en la historia de la humanidad, con grandes multitudes que esperan conocer al Dios que se hizo hombre para salvarnos y darnos vida en abundancia. Es la razón por lo que la miseria humana sigue atrayendo la compasión de Cristo salvador, quien ha querido identificarse con el más pequeño de sus hermanos (Cfr CEC. 1548). Hoy nos llama por nuestro nombre para enviarnos, para asociarnos a su compasión, a su obra de salvación, a ese desborde de su entrañable misericordia por sus hijos e hijas (Cfr CEC. 2571). Para caminar las barriadas porteñas necesitamos que la luz de la mirada de Jesús ilumine y purifique los ojos de nuestro corazón, que nos enseñe a ver la realidad de nuestra gente con la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres (Cfr CEC. 2715). Basta con recordar que todos nosotros, alguna vez, hemos sido mirados con compasión divina.

Si faltase la compasión, desborde amoroso de su entrañable misericordia, no nos reconocerían que fuimos enviados por Él. Hagámoslo como lo hizo esa multitud silenciosa de evangelizadores, hombres

y mujeres, audaces y sacrificados, que se han sucedido a lo largo de nuestra historia eclesial, cuatro veces centenaria, sin duda, bendecida por Dios. Cada misionero o misionera, es una presencia particular del Resucitado y si le faltan palabras, confíe en que se puede suplir por la compasión del que está presente y cercano, del que ama y tiende la mano .

Todos los bautizados están en la lista de los llamados a colaborar en la obra evangelizadora de la Iglesia. Y así como hizo partícipes a sus apóstoles del poder misional, sigue enviando discípulos al mundo para que sean testigos de su misericordia. San Pablo, modelo audaz de misionero en todo camino, aconseja a los «elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión» (Col 3,12).

El estilo de la misión porteña fija su mirada en el modo de llevar y anunciar el Evangelio vivo, como lo hizo la Virgen en la Visitación, ella fue la fiel discípula misionera que nos acompaña en cada salida. Hoy, en la fiesta de la Bienaventurada Virgen María de la Merced –de entrañable memoria por su protección en la causa de la independencia–, presenta una cadena rota en sus manos, como signo de la libertad que Dios quiere para todos sus hijos. «Ella, mejor que ninguna otra criatura, ha comprendido que Dios hace maravillas: su nombre es Santo, muestra su misericordia de generación en generación, ensalza a los humildes y es fiel a sus promesas».

Hermanos, hermanas, Juntos Somos Misión, no tengamos miedo de anunciar con alegría que Cristo vive y por el poder de su Pasión todo lo que toca lo renueva, hace joven y bello.